

la causa, hubiera sido ilustrada para siempre ante la posteridad. En las causas que no son de un día, es una falta hablar al tiempo; es necesario hablar al porvenir, porque él es el verdadero juez, y esto lo olvidaron demasiado Luis XVI y sus defensores. A pesar de todo, quedó de aquella defensa una palabra sublime, que reasumía en una acusación directa toda la situación: «¡Busco entre vosotros jueces y solo veo acusadores.»

## XVII.

El rey que había escuchado su propia defensa con un interés que parecía mas bien por su defensor que por él mismo, se levantó cuando Deséze concluyó de hablar. «Acaban de esponeros, dijo, mis medios de defensa y yo no los renovaré. Al hablaros, quizá por última vez, os declaro que mi conciencia nada me remuerde, y que mis defensores os han dicho la verdad. Jamás temi que mi conducta fuese examinada públicamente; pero mi corazón está destrozado al hallar en el acta de acusación, que se me imputa haber querido se derramase la sangre del pueblo, y sobre todo que se me atribuyan las desgracias del 10 de agosto. Confieso que las multiplicadas pruebas que había dado en todos tiempos de mi amor al pueblo, me parecían haberme puesto fuera del alcance de toda inculpación, cuando me hubiese espuesto yo mismo por economizar una gota de sangre de ese pueblo.» Salíó concluidas estas palabras.

«Qué se le juzgue en el acto.» pidió Bazire.—«El llamamiento nominal, al momento.» esclama Buhem. Ya es tiempo de que la nación sepa, si tiene razón en querer ser libre, ó si este deseo es un crimen.—Y yo, continúa Lanjuinais, pido que nos atengamos al decreto por el que nos hemos constituido jueces de Luis XVI; mi

respuesta á la proposición que se os hizo, es que Luis XVI sea juzgado; si, es decir, que la ley sea explicada á su proceso; que las formas saludables y protectoras reservadas á todo ciudadano, le sean concedidas como á cualquiera otro; pero que sea juzgado por la Convencion nacional; que lo sea por los conspiradores que se han declarado ellos mismos en esta tribuna, los autores de la jornada del 10 de agosto.—A la Abadía, gritan muchos, en la Montaña.—Os declarais demasiado abiertamente partidarios de la tiranía, dice Thuriot.—Es un realista, ha hecho el proceso del 10 de agosto, gritan al mismo tiempo Duhem, Legendre, Billaud y Duquenois.—Bien pronto va á trasformarnos en acusados y al rey en juez observa irónicamente Julien.—Yo, digo, prosigue Lanjuinais, que vosotros los conspiradores declarados del 10 de agosto, seriais á la vez los enemigos, los acusadores, el jurado de acusación, el jurado de juicio y los jueces...—¡Hacedle callar! ¡es la guerra civil quien habla! ¡pido se le acuse con las pruebas en la mano! dice Choudieu.—Me escuchareis, continúa Lanjuinais.—No, no, bajad á la barra, á la barra de los acusados, gritan mil voces á la vez.—A la abadía, á la Abadía, responden los tribunos. Se restablece el silencio.

«Ne he acriminado, dice friamente Lanjuinais, la conspiración de 10 de agosto; digo que hay conspiraciones santas contra la tiranía: se que ese Bruto cuya imagen veo, fué uno de esos ilustres y santos conspiradores; pero continúo mi razonamiento y digo no podeis ser jueces del hombre desarmado, de quien vosotros mismos os habeis declarado enemigos mortales y personales; no podeis ser jueces habiendo todos ó casi todos declarado de antemano vuestra opinion, y algunos con una ferocidad escandalosa. (Se oyen coléricos murmullos en algunos bancos). Hay una ley natural, imprescriptible, positiva, que quiere que á todo acusado se le juzgue bajo la protección de su país; por consiguiente, si es verdad que

nosotros no podemos permanecer jueces; si es verdad que muchos otros y yo queremos más morir que condenar á muerte, violando la justicia, al más abominable de los tiranos. (Se oye una voz) Luego ¿queréis más la salvación del tirano que la del pueblo?—Lanjuinais busca con la vista al interruptor como para darle gracias por la red que le tiende. Oigo hablar de la salvación del pueblo, prosigue, esa es la feliz transición que yo necesitaba. Se os llama á discutir ideas políticas y no ideas judiciales; he tenido, pues, razón en decirlos, que no debíais sentaros aquí como jueces sino como legisladores. ¿Quiere la política que la Convención se deshonoré? ¿Quiere la política que la Convención ceda á la borrascosa volubilidad de la opinión pública? Ciertamente que en la opinión pública no hay más que un paso del odio y del encono al amor y la piedad, y yo os digo también, ¡pensad en la salvación del pueblo! La salvación del pueblo quiere que os abstengáis de un juicio que producirá horribles calamidades para la nación; de un juicio que servirá á vuestros enemigos en las terribles conspiraciones que traman contra vosotros.» Lanjuinais baja en medio de los murmullos.

«Se os pregunta, responde Amar, quienes serán los jueces. Se os dice: todos sois partes interesadas. Pero ¿no os dirán también que el pueblo francés es parte interesada, porque sobre él cayeron los golpes del tirano? ¿A quién será necesario apelar? A los planetas sin duda.—No, á una Asamblea de reyes, añade Legendre con una risotada que resonó en las tribunas. «Juzguemos sin levantar mano, repite Duhem; cuando los austriacos bombardeaban á Lila, en nombre del tirano, no descansaban.—Cesen esas declaraciones, replica Kersaint; nosotros somos sus jueces y no sus verdugos.» Algunos miembros fatigados ó indecisos, piden se prorogue la discusión para otra sesión; el presidente lo pone á votación y la mayoría lo aprueba; ochenta diputados de la Montaña pasan de

sus bancos hácia la tribuna y amenazan al presidente y Julien se apodera de aquella en medio de los aplausos de la Montaña. «Quieren disolvernos,» dice Julien sostenido por las señas que le hace Robespierre con la cabeza, y por los gestos de Legendre y de Saint-Just. «Si, pero sois vosotros,» le grita Louvet.—«Se quiere disolver la república, continúa Julien, atacando la Convención en su base! pero nosotros, los amigos del pueblo, hemos jurado morir por la república y por él. (La Montaña aplaude.) Habito las alturas, continúa señalando con la mano á los bancos elevados del lado izquierdo; ellas serán las Termópilas del pueblo...—Si, si, todos nosotros moriremos allí, responden en masa levantándose y tendiendo la mano hácia Julien, los diputados de la Montaña. Julien acusa al presidente de parcialidad y connivencia con Malesherbes; el presidente se justifica y se restablece el orden. Quinette presenta un proyecto de decreto que arregla el modo de juzgar al rey; Camilo Desmoulins y Robespierre piden combatir este proyecto.

Couthon hace que le conduzcan á la tribuna. «Ciudadanos, dice, Capeto está acusado de grandes crímenes y en mi conciencia convieto. Una vez acusado es preciso que se le juzgue, porque es de eterna justicia que todo culpable sea condenado. ¿Por quién será juzgado? Por vosotros, porque la nación os ha constituido en gran tribunal del Estado; no habeis podido crear jueces, pero vosotros lo sois por la suprema voluntad del pueblo.» Salles quiere hablar en el sentido de Lanjuinais; pero el tumulto aboga su voz. Declaro, esclama Salles, que se nos obliga á deliberar con el cuchillo á la garganta.

Petion rechazado tres veces por las vociferaciones de la Montaña y por los apóstrofes de Marat, que se lanza para separarle de la tribuna, consigue hacerse oír: á las primeras palabras que pronuncia, le dice Duhem, «nosotros no queremos opiniones á lo Petion.—No tenemos necesidad de lecciones, añade Legendre.—Abajo el rey Ge-

rónimo Petion, » gritan aquellas mismas tribunas que cuatro meses antes proclamaban á Petion el rey del pueblo.

Barbaroux, Serres, Rebecqui, Duperret y todos los diputados jóvenes, amigos de Roland, se dirigen hácia los bancos de la Montaña, de donde salen los apóstrofes contra Petion; y se cruzan los gestos, las amenazas y las inyecciones: ¡apelamos al pueblo! ¡nosotros apelamos á los departamentos! ¡cobardes! ¡ladrones! ¡asesinos! ¡realistas! Las palabras no bastan á la esplosion de la cólera, las actitudes suplen á las palabras. El presidente se cubre en señal del conflicto de la Asamblea: la Convencion se admira y renace el silencio.

## XVIII.

«¡Ciudadanos! continúa Petion, ¿se tratan así los grandes intereses de un imperio? ¿Así por diferencias de opinion entre nosotros nos motejamos mutuamente de enemigos de la libertad y de realistas? ¿No hemos jurado todos que no volveríamos á tener rey? ¿Quién será capaz de faltar á sus juramentos? ¿quién querría ser rey? nosotros no queremos.—¡No, no, nadie! jamás, esclama levantándose toda la Convencion. El duque de Orleans en medio de un grupo de diputados de la Montaña, prolonga mas tiempo que sus colegas este juramento de odio al trono, y agita en el aire su sombrero para asociarse con mas evidencia al entusiasmo que repudia á los reyes.

«Pero, continúa Petion, no se trata aqui ni de deliberar sobre el trono abolido, ni sobre la suerte del rey, porque Luis Capeto no lo es, se trata de deliberar sobre la suerte de un hombre. Vosotros os habeis constituido sus jueces, y es necesario que podais juzgar con plena conviccion de los hechos: los verdaderos amigos de la libertad y de la justicia, son aquellos que quieren examinar

antes de juzgar. Muchos miembros desean, como Lanjuinais, que se dé cuenta del decreto en que se dijo á Luis XVI seria juzgado; otros quieren se decida de su suerte simplemente, como medida política. Yo soy de la primera opinion; pero no se debe prejuzgar ninguna. Pido que la resolucion presentada por Couthon se sostenga, pero reservando la cuestion suscitada en el curso de la sesion.» Volviendo á adquirir su sangre fria la Convencion, con la atrevida y aun imponente palabra de Petion, votó la proposicion de Couthon y las reservas de aquel que dejaban horas, eventualidades y reflexiones entre el decreto del pueblo y la vida del rey.

## XIX.

Mientras estas agitaciones descubrian en la sala la angustia y la irresolucion de los jueces: el rey, de vuelta al cuarto de los inspectores de la Convencion, se echó en los brazos de Deséze; le cogió las manos; enjugó con su pañuelo la frente de su defensor, y calentó él mismo la camisa destinada á reemplazar la que el sudor de cinco horas de tribuna habia empapado sobre el cuerpo de Deséze. En estos cuidados familiares, que realizaban su situacion y su rango, parecia que el rey se habia olvidado de que se trataba de su propia vida en la sala inmediata; se oian los continuos murmullos y las voces que llegaban del recinto de la Convencion, pero sin poder distinguir las palabras ni prejuzgar los resultados de la deliberacion. La atencion con que habia sido escuchado Deséze; la tranquilidad de las fisonomias y disposiciones mas favorables de la opinion pública que se notaban desde hacia algunos dias en los teatros y lugares públicos, daban alguna esperanza á Luis XVI. La rapidez con que le llevaron aquella vez al Temple, evitando pasar por

los barrios populosos, hizo creer al rey que sus amigos vigilaban. Al día siguiente, un comisario llamado Vicent, que solo trataba al ejercer sus funciones de buscar medios de dulcificar la suerte de los prisioneros, se encargó de llevar secretamente á la reina un ejemplar impreso de la defensa de Deséze.

Cuando el rey volvió á entrar en el Temple, viendo que nada tenia que ofrecer, se quitó el corbatin y se le dió á su abogado.

El 1.º de enero al despertar, Clery, con motivo de la entrada de año, le ofreció en voz baja los votos que hacia por el fin de sus desgracias. El rey los recibió con ternura, y levantó los ojos al cielo recordando aquellos días en que los mismos homenajes murmurados aquel día en voz baja por el único compañero de su calabozo, le eran tributados por todo un pueblo en las galerías de su palacio. Se levantó, rezó al parecer con mas fervor que de ordinario, y suplicó á un municipal fuese á informarse de la salud de su hija que estaba enferma, y á decir á la reina y á su hermana los interceptados deseos de un prisionero. Hasta el 16 de enero nada cambió en las costumbres diarias del rey, sino el que Mr. de Malesherbes se presentó inútilmente á la puerta de la torre. El viejo en sus diferentes tentativas para ver al rey, iba acompañado de un jóven realista, á quien una generosa atraccion hácia la desgracia arrastró desde sus primeros años, y que fué despues, en mejores dias, el ministro y consejero austero de la monarquia de los Borbones, que él queria reconciliar con la libertad. Este jóven se llamaba Hyde de Neuville: daba el brazo á Mr. de Malesherbes, y sostenia sus trémulos pasos cuando el venerable defensor de Luis XVI iba al temple ó á la Convencion.

El principe pasaba su tiempo leyendo la historia de Inglaterra, y particularmente el tomo que contenia el juicio y la muerte de Carlos I, como si tratase de consolar-se, hallando sobre el trono un segundo ejemplo de sus

infortunios y como si hubiese querido ejercitarse para la muerte y modelar sus últimos momentos sobre los de un rey decapitado.

## XX.

Durante aquellos dias en que nada de lo que pasaba fuera penetró en la prision, los dos partidos que se disputaban la Convencion, continuaron destrozándose entre sí por disputarse su vida. Saint-Just volvió á tomár la palabra el 27 de diciembre, y refutó con axiomas breves y cortantes como el hacha, la defensa pronunciada la víspera. Reasumió su discurso en estas palabras: «Si el rey es inocente, el pueblo es culpable. Habeis proclamado la ley marcial contra los tiranos del mundo, y i perdonaríais al vuestro! La revolucion no principia sino cuando el tirano concluye.» Barbaroux habló sin concluir, y manifestó con una reticencia, tan contraria á la energia de su carácter, el primer sintoma de la fluctuacion de animo de los girondinos.

Lequinio contestó á Barbaroux: «Si yo pudiese, dijo, con esta mano asesinar de un solo golpe á todos los tiranos, le daria al momento.» Resonaron prolongados aplausos en la sala, y habiendo amenazado el presidente con llamar la fuerza para restablecer el orden, prorumpió en descompasadas voces toda la Asamblea. Vergniaud se quejó de aquellos tumultos que presentaban la república naciente bajo la horrorosa forma de la anarquia: pidió que el nombre de los diputados censurados se enviase á los departamentos. «Nosotros no somos la Convencion de Paris, dijo Bazot, sino la Convencion de la Francia y de los departamentos.»

En la sesion del 17 el ministro de Negocios estrangeros, Lebrun, comunicó notas de la córte de España. El

embajador de esta potencia intercedia por la vida de Luis XVI., y prometia á ese precio alejar las tropas que la España tenia reunidas en las fronteras de los Pirineos. «Lejos de nosotros toda influencia estrangera», respondió Thuriot.—No tratamos con los reyes, sino con los pueblos, añadió Charles; declaramos que en lo sucesivo ninguno de nuestros agentes tratará con ninguna testa coronada antes que haya reconocido la republica.»

La orden del dia respondió desdeñosamente á las tentativas del embajador de España.

Se continuó la discusion sobre el juicio del rey: Brissot y Buzot sostuvieron la apelacion al pueblo. Carra, aunque girondino, la combatió, y Gensonné en un discurso directo apostrofó estensamente á Robespierre.

«Hay, decís, un partido que quiere quitar la Convencion de París y hacer degollar á los ciudadanos por los ciudadanos. ¡Tranquilizaos, Robespierre! No seréis degollado, y hasta creo que no haréis degollar á nadie. La ingenuidad con que reproducís sin cesar aquella dulce invocacion, me hace temer solo que este no sea el mas grande de vuestros sentimientos. Es demasiado cierto que el amor de la libertad tiene tambien su hipocresia y sus hipócritas; se les reconoce en el odio que tienen á las luces y á la filosofía, y en su destreza para halagar las preocupaciones y las pasiones del pueblo, y ya es tiempo de señalar esta faccion á toda la nacion. Ella es la que reina en los jacobinos de París, y sus principales gefes se sientan entre nosotros. ¿Qué quieren? ¿Cuál es su objeto? ¿Qué extraño gobierno se proponen dar á la Francia? ¿No dicen que ningun republicano quedará en el territorio francés, si no se envia á Luis al suplicio, y que será necesario entonces nombrar un defensor á la republica? Pues qué ¿no formáis una faccion y vosotros mismos os designáis con el nombre de diputados de la Montaña, como si hubiéseis escogido esta denominacion para recordarnos aquel tirano de Asia, que solo es conocido

en la historia por la horda de asesinos que llevaba tras de sí, y por la obediencia fanática á las órdenes sanguinarias de su gefe? ¿No os ha dicho Robespierre con la mayor inocencia que el pueblo debia ser menos celoso de ejercer por si mismo sus derechos soberanos, que de confiarlos á hombres que hagan buen uso de ellos? ¡Siempre ha empezado de tal manera la apologia del despotismo!... Es necesario que el juicio de Luis no pase á los ojos de la Europa por la obra de aquella faccion. ¡El pueblo solo debe salvar al pueblo.»

## XXI.

Una acusacion de antigua complicidad con la corte, dirigida contra Vergniaud, Guadet, Brissot y Gensonné, respondió al dia siguiente á la invectiva de este último. Una carta de estos cuatro diputados, dirigida antes del 10 de agosto al pintor del rey, Boze, carta en la que daban consejos al principe, atestiguaba que el republicanismo habia tenido para ellos sus dudas y sus complacencias, y que la Constitucion de 1791, si no bastaba á sus principios, hubiera sido suficiente para su ambicion con tal que hubiesen sido los directores de ella. Esta correspondencia, por lo demas muy constitucional, no tenia otro crimen. Guadet, Gensonné y Vergniaud se sinceraron de ella con facilidad, ayudados de su elocuencia ordinaria y de una mayoría que aun les pertenecía. Sin embargo, esta acusacion que recayó inopinadamente sobre ellos por parte de los amigos de Robespierre, y las sospechas que dejó en el ánimo del pueblo, hicieron conocer la necesidad de responder á aquellas sospechas con actos irrecusables de odio á la monarquía, y de firmarse á ellos mismos los títulos de republicanos, con algunas gotas de sangre de un rey. Desde aquel dia principiaron á deli-

berar entre el sacrificio de la vida de Luis y su propia abdicacion. Un partido que vivia por el aura del favor del pueblo, no podia perderle sin morir; quiso vivir, y era necesario que el rey muriese.

## XXII.

Camilo Desmoulins, que mezclaba siempre la ironía á la muerte, y que nunca hallaba la sangre de las victimas bastante amarga, á menos que no fuese realizada con un sarcasmo, combatió la apelacion al pueblo con un discurso que no pudo oirse, pero que se hizo imprimir. He aquí el proyecto de decreto que reasumia este discurso. «Se levantará un cadalso en la plaza del Carrousel á donde se conducirá á Luis con un cartel con estas palabras escritas delante: *traidor y perjuro á la nacion*, y detrás *rey*. La Convencion decreta ademas que el panteon fúnebre que tienen los reyes en San Dionisio, sea donde se entierran en adelante los ladrones, los asesinos y los traidores.»

Merlin de Thionville, Hausmann y Rewel, comisarios de la Convencion en los ejércitos, escribieron tambien desde las fronteras. «Estamos rodeados de heridos y de muertos; en nombre de Luis Capeto degüellan los tiranos á nuestros hermanos, y sabemos que Luis Capeto vive todavia.» Cambaceres pidió la apelacion al pueblo, y Danton presentó un modo de deliberar que sujetaba á discusion cuanto hasta entonces habia sido decretado: de este modo creia Danton ocultar la secreta intencion de salvar al rey, favorecido por la confusion que aquellas cuestiones multiplicadas harian nacer. «Es cosa bien aflictiva, observó Conthon, ver el desórden que se ocasiona á la Asamblea. Hace tres horas que estamos perdiendo tiempo por un rey. ¿Somos republicanos? No, ¡somos

viles esclavos!» En fin, á propuesta de Fonfrede, la Convencion decretó la votacion nominal sobre cada una de las tres cuestiones sucesivamente sentadas; la primera: ¿Luis es culpable? la segunda: ¿La decision de la Convencion se someterá á la ratificacion del pueblo? la tercera: ¿Cuál será la pena?

Sobre la primera cuestion, esceptuando á Lalande de la Meurthe, Baraillon de la Creuse, Lafont de la Corrèze, Lhomond del Calvados, Enrique Larivière, Isarn Valady, Noël de los Vosgos, Morison de la Vendée, Waudelin-court del Alto Marne, y Rouzet del Alto Garonne, que se recusaron alegando su incompetencia y la incompatibilidad de las funciones de legisladores y de jueces, todos, es decir, seiscientos ochenta y tres miembros respondieron: Si, Luis es culpable.

## XXIII.

En la cuestion de la apelacion al pueblo, doscientos ochenta y uno votaron por ella, cuatrocientos veinte y tres en contra de todo recurso á la nacion. En el número de los primeros se notaban: Rebecqui, Barbaroux, Duprat, Durand de Maillane, Duperrét, Fauchet, Chambon, Buzot, Petion, Brissot, Vergniaud, Guadet, Gensonné, Grangeneuve, Lanjuinais, Louvet, Salles, Hardy, Mollévault, Valazé, Manuel, Dusaulx, Bertucat de Saon-et-Loire, y Sillery, el amigo del duque de Orleans, que principiaba á separarse de los jacobinos y de aquel principe, y á inclinarse hácia las doctrinas y el cadalso de los girondinos.

Entre los segundos: todos los miembros de la Montaña, y algunos del partido girondino, en quienes la juventud, el ardor y la embriaguez revolucionaria ahogaban todo escrúpulo. El resultado de esta prueba conster-

nó á los hombres resueltos de aquel partido y decidió á los dudosos.

Danton, mudo y observador hasta entonces, aprovechó desde el día siguiente 16, la primera ocasión de acentuar enérgicamente la impaciencia de la sangre que no tenía en el alma; pero la fingía para conservarse al nivel de sí mismo.

Se deliberaba sobre una orden para cerrar los teatros, espedita por el consejo ejecutivo. «Os lo confesaré, ciudadanos, dijo Danton levantándose y tomando la actitud del hombre de setiembre, creía que debíamos ocuparnos de otros objetos mas bien que de la comedia.— Se trata de la libertad, responden algunos.— Si, se trata de la libertad, replica Danton, se trata de la tragedia que debéis representar á las naciones, se trata de hacer caer bajo el hacha de los reyes, la cabeza de un tirano. Pido que fallemos sin levantar la sesión, sobre la suerte de Luis.»

Se votó la proposición de Danton; y habiendo propuesto Lanjuinais despues, que se votase la pena por las dos terceras partes y no por mayoría absoluta, Danton volvió á tomar la palabra como un hombre impaciente de que se concluya una situación que le agobia. «Se pretende, dice, que es tal la importancia de esa cuestión, que no bastan para decidirla las formas ordinarias de toda Asamblea deliberante. Yo pregunto, ¿cuándo por una simple mayoría se ha pronunciado sobre la suerte de una nación entera? ¿cuándo ni siquiera se ha pensado en suscitar esta cuestión cuando se trató de abolir el trono, se quiere decidir sobre la suerte de un individuo, de un conspirador con formas mas escrupulosas y solemnes? Nosotros sentenciamos como representantes por derecho de soberanía. Y os pregunto ¿no habeis votado por mayoría absoluta la república y la guerra? Y pregunto, si la sangre que se vierte en medio de los combates, ¿no corre definitivamente? ¿los cómplices de Luis XVI no

han sufrido inmediatamente la pena sin ningun recurso al pueblo? ¿merece una escepcion el que ha sido el alma de los complots?» Aplausos.

Lanjuinais no dejó arrastrar su conciencia por aquella corriente de aplausos, producida por la palabra de Danton. «Habeis desechado todas las formas que la justicia y ciertamente la humanidad reclamaban; la recusación, la forma secreta del escrutinio, protectora de la libertad, de las conciencias y de los sufragios; parece que se libera aquí en una Convención libre, pero se hace bajo la influencia de los puñales y los cañones de los facciosos.» La Asamblea rechazó estas consideraciones, y declaró la sesión permanente hasta que se pronunciase el fallo. Se principió la última votación nominal á las ocho de la noche.